

Verbis

Atenea buscaba con la mirada al hombrecillo de gafas al entrar en la Biblioteca Nacional, cuando el olor de la calle y sus aceras se caldeaba en un espeso cocido con el olor a cartoné de las tapas de los libros. Ella siempre pasaba las yemas de los dedos por encima de los dorsos de los tomos, como si con un roce pudiera intuir las historias que dormían dentro, esperando a ser contadas. Muchos de esos libros habían ya cerrado los ojos, asumiendo la muerte de sus relatos tras décadas sin haber sido leídos, cuando la mano de Atenea los tomaba, y rescatándoles de un suicidio, se escurría entre las estanterías de la biblioteca. Parecía el único ente vivo.

Tras la Cuarta Revolución Industrial, la información se había parafraseado, convirtiéndose en breves pero continuos fogonazos que a través de las redes sociales, los consumidores engullían. Una minoría de la población era capaz de medio artículo entero sin aburrirse. Los vídeos, las series, las imágenes, la publicidad. Momentáneos, surcaban el cielo entre dispositivo y dispositivo, tejiendo una encrucijada de líneas operativas. La Biblioteca Nacional era en la teoría un "espacio para la cultura", cuando en la práctica era un museo. Los turistas asiáticos, con sus gorros de pescador calados, ametrallaban a fotos girando en círculos, seguían al guía turístico en fila india y con paso corto mientras que con la mirada baja, compartían las imágenes a tiempo real, tecleando a tal velocidad que sus dedos se convertían en manchas de carne sobre el teclado. La Biblioteca ahora tenía un PhotoCall, un restaurante y una tienda de souvenirs, donde por 10 euros los visitantes podían comprar una enciclopedia de pego, con las tapas rugosas y las páginas amarillentas al haber sido mojadas en cloro. Pero a ellos no les importaba, lo colgarían en la pared de su habitación y fardarían de él en las redes sociales, alardeando de ser cultuquetas. Ni siquiera sabían que había escrito dentro. Me contaron una vez que los editores por pereza, copiaron y pegaron todos los mensajes de sus teléfonos en los libros, por pereza de leer libros clásicos, y que ninguno de los compradores se dio por aludido. Era un simple elemento decorativo y nadie habría pasado de la segunda línea. Demasiado denso, decían. Qué pereza, decían. Pero soy un intelectual, compartían.

Atenea, sin embargo, era una especie en peligro de extinción. Un ser marginal de la sociedad, si se le podía llamar ser. No tenía rastro en las redes sociales ni vestigios de su

paso por la Tierra. Era nula para sus compañeros de clase, un fantasma para su familia, un ser humano anacrónico, enfermizo. Su único rastro se remontaba a los 6 años, cuando sus padres publicaban fotos suyas con el disfraz de mamá Noela en la puerta de su casa, con una breve descripción de "¡Protagonista en la función del cole!". Pulsaban la tecla de compartir, desvestían a Atenea y devolvían el disfraz a Aliexpress, asegurando estar insatisfechos con sus servicios. La niña nunca participó en ninguna obra de teatro.

Se cerró las 6 cuentas de instagram que sus padres se empeñaron en abrirle, cuando aseguraban que así haría más amigos, que así sería más feliz, encontraría trabajo en un futuro. Tan desesperados estaban los padres que contrataron a un psicólogo a domicilio, que tras 2 semanas de intento, un día fue visto saliendo por el pórtico, con lágrimas en los ojos. Había sido el gran primer fracaso de su carrera, aseguraba. Un caso perdido.

Atenea, simplemente, se sentía indiferente al mundo que la rodeaba. Conoció la Biblioteca Nacional en una visita del colegio, que simplemente buscaba una foto de los niños en la entrada para regodearse en la página web de la oferta cultural del centro. Helena, la profesora, pasó lista desde su iPad y el autobús marchó con todos los niños. O casi todos.

A aquellas alturas y tras tantos años, había aprendido a convivir con los libros. Sus amigos eran los escritores, aquella raza del homo sapiens que desde otro punto temporal le contaban historias de pescadores leprosos, dramas de la Edad Media, que la embriagaban de dolor al ahorcar a un personaje o de interés al plantear una teoría filosófica, que la hacían pensar e incluso llorar en silencio, antes de cerrar el libro con ese chasquido particular con el que cierras un libro que ha terminado. Atenea sentía en su vientre amor y pasión y libertad. No pertenecía a este mundo, se decía a veces, sino a aquel que su cabeza construía.

Hemos dejado de lado, sin embargo, al hombrecillo sin gafas que mencionábamos en la primera frase. Atenea lo conocía como "El hombrecillo sin gafas" porque nunca llegó a conocer su verdadero nombre y porque a su parecer, sus facciones estaban perfectamente diseñadas para lucir gafas, aunque no las llevaba. Se le veía a menudo pasear entre las estanterías, pero se le diferenciaba de los visitantes por que él, miraba a las estanterías superiores en vez de a una pantalla y llevaba las manos a la espalda. A veces, extraía uno con sumo cuidado, como si sus páginas fueran de vidrio y con una

mirada tierna y familiar, acariciaba las palabras con la mirada, para volver a insertarlo y continuar su ruta galería arriba. Atenea y el hombrecillo con gafas tenían una estrecha relación. Sus labios borboteaban de palabras, definiciones, historias, debates que en ocasiones llevaban a miradas escépticas. Pero Atenea siempre salía de la Biblioteca con el sentimiento de haber absorbido conocimientos y sentía que en su huerto de conocimiento, las semillas nuevas habían sido regadas y que su cerebro se enriquecía, abrazado por jardines razón de y palmeras de saber.

Miles de visitantes trenzaban el recorrido prefijado de las visitas turísticas, que se distinguía por su trazado de madera desvaída de tanto ser pisoteada. Los libros que componían las galerías de la ruta estaban deteriorados, raídos, con páginas arrancadas, sobados y con sus tapas de un color mestizo entre el gris y el ocre. Los turistas se sentían con la libertad de descuajar una novela para llevarse a sus casas páginas como souvenirs. Páginas que ni siquiera leerían. Sin embargo, el resto de la biblioteca, latía con las galerías de madera, los lomos intensos de los libros que, como ladrillos, erguían los corredores entrecruzados.

Atenea prácticamente habitaba en ella. Muchas veces almorzaba con el hombrecillo de gafas. Éste, de vez en cuando, relataba anécdotas de su juventud. Hablaba de las fiestas de los pueblos, de cómo unas cervezas y una disco móvil unían a miles de personas, festejaban y casi como si fuera casualidad, siempre dos amigos de la infancia se reencontraban en las colas de los baños portátiles, mientras uno de ellos cargaba al hombro a un pobre borracho. También hablaba de los viajes, de los mochileros que sólo pagaban el billete de ida. Contaba sus aventuras en Tailandia, sobre aquella vez que acompañado de tres amigos recorrió media Asia, llevando en su macuto dos cantimploras y un mapa medio quemado. Hablaba de la juventud, del saber vivir y del sentirse una persona. Hablaba del silencio. Del estar aislado en una montaña, del ruido estático de la naturaleza. Tener los pies hundidos en un río. Estar solo y no necesitar nada más. Sus ojos, al hablar de la belleza de la vida, brillaban con un destello especial, oculto en sus retinas.

Siempre evitaba hablar del presente, a pesar de que Atenea tratase de sacar el tema a la luz. Le incomodaba y simplemente parecía que ni siquiera quisiera saber qué sucedía al otro lado de la Biblioteca. El hombrecillo sin gafas ya no necesitaba un macuto para viajar. Le valía con guiarse por el olfato para apropiarse de una historia y por un par de

días, leerla para vivirla a cámara rápida. Atenea, cuando las farolas se encendían con un parpadeo, salía de la Biblioteca, ya cuando las visitas guiadas habían terminado. Hacía el camino de vuelta a casa en silencio, observando como si no estuviera presente. Las pantallas de los móviles iluminaban las calzadas como estrellitas y los inmensos paneles publicitarios centelleaban alternando estridentes colores, con cientos de anuncios por minuto, que se intercalaban con transiciones verticales. Atenea terminó aprendiendo a disfrutar de esa soledad, con las manos en los bolsillos y caminando por la acera mientras el resto de cabezas a su alrededor centraban su atención en personas que seguramente estarían a kilómetros de distancia.

Fue un martes por la mañana.

Atenea caminaba con una enciclopedia bajo el brazo y una gabardina violeta. Era martes y el sol se tamizaba tras una sábana de nubes yuxtapuestas. Atenea repetía en su cabeza las palabras hilaridad y anfibológico, dos palabras que habían llamado su atención la tarde anterior, cuando una novela policiaca se las susurró. Era martes y curiosamente, la cola de visitantes que solía doblar la manzana no estaba allí. Escuchó una sirena lejana al cruzar la calle y lo vio.

La Biblioteca estaba en llamas. Las lenguas de fuego chupaban las nubes. Las columnas toscanas estaban enrolladas en brasas. A Atenea se le congeló la sangre al ver al fuego bailar en el pórtico. Páginas en llamas flotaban en el aire, como aves fénix. Dejaban una estela rojiza al revolotear en círculos, cruzarse en la nube de cenizas y aterrizar en círculos para morir en el asfalto convertidas en cenizas, en esta ocasión, sin una promesa de resurrección. Las palabras se chamuscaban. Atenea, presa de un horror mudo, imaginó a los caballeros, magos, directores de universidades, enfermeras de guerra, niños prodigio, cromañones, leones parlantes, trapevistas, bebés barbudos y cantantes de blues corriendo presas del pánico y atrapados entre las paredes de la Biblioteca, que se fundía lentamente.

Recordó que el hombrecillo sin gafas había prometido estar allí a primera hora, para continuar con la iniciación al latín. Le imaginó, esta vez, con los brazos cruzados y semblante en paz, enterrado por las pisadas de pánico de los personajes que él mismo había construido en su memoria, sepultado por el conocimiento y satisfecho por ser ceniza con ceniza y enterrarse y confundirse con su más amado tesoro: las palabras.

Atenea corrió unos pasos en dirección a la muchedumbre para detenerse en seco, sin aliento. Desde detrás de la verja, los espectadores grababan con los móviles, mirando las pantallas e indiferentes. Esta vez sin mediar palabra, como sin querer se hubieran topado con el silencio. Sólo se escuchaba el crepitar de las llamas, el rechinar del fuego contra los cimientos del edificio.